

Mariano Latorre un Gran Literato

Por ERNESTO LIVACIC

Aparecido en torno a 1910, año centenario de la Independencia, el criollismo fue una corriente literaria "nacionalista", procuraba la profunda penetración del arte escrito con los aspectos más distintivos de la realidad del país. Penetró al conocimiento de lo autóctono, retornó a lo nativo, revisó nuestros valores vernáculos. Emblematizó a Chile en tipos populares y enfrentó nuevos problemas: el paisaje, la cuestión social, el sexo.

El jefe e iniciador indiscutido de esta veta nativista fue Mariano Latorre, un Adelantado en el descubrimiento de la fibra artística de su tierra, un hito ya centenario (1886-1955) en nuestra historia literaria.

Su pluma se mojó alguna vez en el mar, en ocasiones trepó esforzadamente la escarpada montaña pero, sobre todo nos reveló el campo. Sus páginas están saturadas de verde y de distancia, de sel

y de trilla, de labor sudorosa en el escenario del agro, de corazones duros como cortezas de pellines. Hombre nacido en el ámbito rural —que en sus ojos claros reflejaba el rubio mar de las espigas—, Latorre se explayó, sobre todo, en la novela y el cuento campesinos, dejando forzadamente a otros el internarse en la hondura del socavón minero o en la intrincada selva de la vida urbana.

Amaba el campo, y con amor lo estudió y lo entrega. "En las obras de Latorre ya se sabe cómo se llama un pájaro, una planta, un árbol o un objeto de los que aparecen en el relato", escribióse alguna vez en su elogio. Otros repararon en la morosidad de sus descripciones, que hacían escasa y lenta la acción y fagocitaban a los personajes, ocupando el espacio que hubiera debido destinarse a su profundización psicológica.

Latorre no estaba redondeando un camino, estaba abriéndolo.

Mirado con los ojos de quienes vivimos hoy y hemos podido conocer la renovación que con magnitud de cataclismo se ha operado en la literatura narrativa, el criollismo rural y paisajista de Latorre puede verse enquistado, en muñones más que dotado de alas. En su tiempo, empero, para Henríquez Ureña "Zurzulita" fue "una obra maestra"; "Ully", para Nercasseau y Morán, "una joya literaria, el mejor libro que en Chile se ha escrito".

En una perspectiva ecuánime, trazó la senda, avanzó por ella, dejó indicada la ruta. Otros la siguieron, ahondaron y perfeccionaron; incluso, la remontaron.

Por ésto o por aquello, en definitiva hizo que Chile fuera amado en su literatura. Lo cual ha perdurado.

el Diario de Ayer hoy, 24-X-1986 p. 3